

ENTREVISTA CON JOSÉ CAZORLA

LAS ANDALUCIAS DE AYER Y DE HOY

Álvaro Rodríguez Díaz.
Universidad de Sevilla

El profesor Cazorla es un referente inmediato de la historia de la ciencias humanas en España durante la segunda mitad del siglo XX. Tiene 70 años, parece gozar de buena salud y se muestra tan dinámico como resuelto. Desde hace varias décadas ocupa el cargo de Catedrático, primero de Derecho, y después de Ciencia Política, ejerciendo su actual docencia como emérito en los cursos de doctorado de la Universidad de Granada, institución a la que siempre guardó fidelidad. Su nueva situación le permite impartir lecciones de jurídica política en la Escuela Superior de Comunicación, entidad respaldada por una Universidad británica. Desde la ciudad nazarí José Cazorla ha sido maestro de maestros y es una figura emblemática de la Ciencia Política española. Como enseñante y hombre de opinión se arriesgó a declarar lo que pensaba en épocas conflictivas de la Universidad franquista, de la que fue apartado por razones políticas a principios de los años sesenta. Mucho después acabaría ocupando los cargos de vicerrector en Granada, decano en su histórica Facultad de Derecho, y primer decano en la anhelada Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. La Junta de Andalucía le condecoró con el Premio Andalucía de Periodismo, en su primera convocatoria. También recogió con orgullo el Premio Nacional de Ciencias Políticas y Sociología, concedido por el CIS en 1984. Ha sido Profesor Visitante e invitado en Universidades de, entre otros países, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Austria y Méjico. Ha publicado 14 libros, exclusivos o en colaboración y acumula un sinfín de artículos y conferencias. Amablemente, me recibe en su despacho soleado, en el Departamento de Ciencia Política y de la Administración, en la ciudad de la Alhambra. José Cazorla conserva un verbo ágil y fértil. Como sagaz analista observa la realidad desde su libre compromiso, ajeno a favores políticos o mediáticos. Despliega sin pausa una memoria aguda, colorista, que le sirve para examinar los episodios singulares de la Andalucía que le ha tocado vivir.

-¿Hasta qué punto considera que se puede hablar de una escuela andaluza de ciencias sociales o políticas? En tal caso, ¿Cuáles son los antecedentes?

Yo quisiera que Vd. viera los retratos que tengo en la pared. En todos los distintos despachos que he ocupado en la Universidad, en los 44 años que llevo de docente, siempre he tenido esos cinco retratos que me miran permanentemente. Corresponden todos a catedráticos de esta Universidad. El primero es de Fernando de los Ríos, sobradamente conocido. Después viene García Labella, que fue muy poco conocido, por desgracia. Llegó a Granada en 1933 y en el 36 lo fusilaron. Luego viene Gómez Arboleya, fundador de la Sociología moderna española, que muere, se suicida, en 1959. Después vienen Sánchez Agesta, que fue mi primer maestro, y finalmente Murillo Ferrol, que todavía vive. Aquí ha

habido catedráticos de Derecho Político de la máxima categoría. Se les puede calificar más que de escuela andaluza, de escuela granadina. La tradición la inicia en Granada Fernando de los Ríos, que estuvo desde al año 1911 hasta 1931, cuando se convierte en ministro de Justicia de la República. Luego vienen García Labella y los demás. Carlos Ollero catedrático de Derecho Político en Madrid, un hombre inteligente y agudo, con sus puntitos de ironía, incluyó a estos autores y a los que les hemos sucedido en lo que llamó la Escuela Mudéjar, porque suponía que eran “moriscos” infiltrados en terreno cristiano. Esto era una broma con buena intención. Recientemente he ingresado en la Academia de Ciencias Sociales y del Medio Ambiente de Andalucía y mi discurso lo he titulado *La Escuela Mudéjar. Evolución de una experiencia personal de tres décadas, 1950-1980*. Ahí explico el origen de la Escuela, desde 1950 cuando estaba Sánchez Agesta. Como es lógico, la influencia de la generación del 98 fue grande sobre Fernando de los Ríos y García Labella, algo menos sobre Arboleya y mucho menos sobre Sánchez Agesta y Murillo Ferrol. No obstante la influencia del 98 sobre Fernando de los Ríos fue positiva. En lugar de perderse en el pesimismo y la visión un tanto triste y negra del 98 Fernando de los Ríos entendía que a través de un socialismo moderado se podría conseguir una España renovada. Esa fue la idea en una época en que para un catedrático de la Universidad ser socialista era muy peligroso y poco corriente. Fue un hombre realmente preparado y muy respetable. Su aportación influyó mucho en el pensamiento español de la época.

-Y recientemente, ¿en qué dimensión ha sido estimulada la investigación en Ciencias Políticas y Sociales como consecuencia del desarrollo andaluz?

Realmente en Andalucía ha habido mucha gente que se ha interesado por la región, en el aspecto político y socioeconómico. Por ejemplo, en Sevilla ha habido una escuela de geógrafos y luego de economistas, desde que se creó la Facultad de Económicas, que se ha interesado mucho por la zona y se han hecho muchas tesis al respecto. Sevilla y Granada son las dos Universidades más antiguas de Andalucía. La de Sevilla se funda a finales del siglo XV y la de Granada en 1531. En estas Universidades se ha investigado especialmente a partir de mediados del XX. En Málaga se han hecho bastantes estudios y tiene una excelente Facultad de Económicas que dependió de Granada hasta 1972, y cuya tradición estuvo muy impulsada por Joaquín Bosque, que fue aquí catedrático de geografía, y Gallego Morell, su primer rector. También en Córdoba en determinadas especialidades, como las llevadas a cabo por el catedrático López de Ontiveros, que ha participado en numerosos estudios sobre estructura social de Andalucía. Otras Universidades son lo suficientemente jóvenes como para que aún no hayan tenido una presencia tan importante en la investigación. Actualmente está la *Revista de Estudios Regionales*, publicada por ocho Universidades andaluzas, que fundamos hace ya 30 años y que se dedica a publicar preferentemente estudios sobre la realidad andaluza.

- Incluso antes, principios de los años sesenta, usted fue uno de autores pioneros en el análisis de la estructura social, tema de su tesis doc-

toral. ¿Cuales son los rasgos más genéricos de la evolución histórica de la estructura social y económica de Andalucía?

A comienzos del siglo XX la producción de Andalucía está por encima de las demás regiones españolas porque su producción agraria es muy importante. Pero ya a mediados de siglo Andalucía acabó siendo una de las regiones más atrasadas de España, porque la producción agraria va quedando en segundo plano con respecto a la producción industrial y los servicios. Y en los años cincuenta Andalucía aparece en los estudios del Banco de Bilbao con muy bajas tasas de producción, porque se había estancado casi exclusivamente en la agricultura. Hay muchas tesis del porqué de este proceso, pero es evidente que a finales del XIX y principios del XX no hubo aquí espíritu de iniciativa ni capital emprendedor. El resultado es que mientras Andalucía se quedó atrasada, otras regiones del noroeste de España como Navarra, Cataluña o el País Vasco consiguieron un sector del capital que pretendía desarrollar su propia región. Aquí el capital fue muy conservador en la manera común de pensar, no sólo en la forma de hacer política, y se arriesgó muy poco. Siempre cuento la anécdota de cuando Nasser en Egipto nacionaliza el canal de Suez en 1956. Entonces en Granada se produce "un día de luto", porque mucha gente con dinero se encuentra con que les habían nacionalizado sus acciones. Había muchos granadinos con acciones invertidas en el canal de Suez, ya desde la época de Eugenia de Montijo, que sin embargo no habían invertido ni un céntimo en su localidad o región. En Granada hubo momentos de cierto auge económico a finales del XIX y principios del XX con motivo de la pérdida de Cuba, que facilita que se introduzca la remolacha azucarera en las vegas, dando un impulso a la economía de la zona que dura hasta los años cuarenta. A partir de entonces Granada se convirtió en una provincia de segundo nivel, a pesar de haber sido la más importante de Andalucía oriental. En Sevilla el caso es diferente, ya que desde entonces y probablemente antes se concentró un mayor número de empresas que en ninguna otra parte de Andalucía. Hoy un tercio de las empresas que tienen presencia en Andalucía tienen su sede en Sevilla, que ha tenido además mayor desarrollo urbano desde 1992. En los últimos 20 años, por otra parte, han destacado extraordinariamente Málaga y, más recientemente, Almería, con un sector hortofrutícola impresionante. Granada junto con Jaén se han quedado más atrasadas, no sólo por problemas de capital local sino también por dificultades de comunicaciones, que todavía persisten y por falta de facilidades para atraer capital exterior. Son provincias que están en el fondo del ranking de la renta per cápita española, incluso por detrás de Cáceres y Badajoz. Así en Andalucía hay provincias que han prosperado, pero Granada, Córdoba y Jaén vienen siendo las últimas desde los años cincuenta, lo que demuestra que subsiste un espíritu bastante conservador en lo económico.

- Dentro de ese paisaje de conservadurismo económico ¿Dónde están las excepciones más destacables en cuanto a inversión innovadora en Andalucía?

La innovación tecnológica sólo se ha aplicado en el terreno agrario a partir de los años sesenta en Almería, que ha sido donde realmente se ha producido un

cambio excepcional. Además es una iniciativa privada, no de la administración pública ni del capital tradicional, en modo alguno. El capital que se ha invertido en Almería es el ejemplo máximo europeo de innovación tecnológica en el plano agrario. Algunos inversores eran alpujarreños y otros emigrantes retornados de Alemania o de Holanda, donde aprendieron el cultivo de flores u otros. Esta gente, con poco dinero, abrió explotaciones pequeñas de menos de una hectárea, en el campo de Dalías y en el sur almeriense, sin invertir grandes capitales ni mecanizar grandes extensiones. También se ha invertido en otras áreas agrícolas como en Sevilla o en zonas de latifundio, pero la innovación pequeña que ha dado de comer a muchas familias se ha dado sobre todo en Almería. Esa innovación se ha producido en el sector primario más que en ningún otro sector. La innovación en servicios es quizás menos ostensible, quitando algún caso, como los servicios comerciales. De otro lado, en Andalucía el turismo ocupa el primer lugar en la economía. El ejemplo de innovación más claro se extiende a lo largo de la Costa del Sol, pero al precio de destruir gran parte del medio ambiente. Lo que era un paisaje litoral maravilloso, se ha urbanizado no siempre de manera correcta. Todavía en algunas partes de la Costa los desagües públicos van a parar directamente al mar. Eso, a estas alturas, es inadmisibles. El desarrollo de la Costa del Sol ha sido un importantísimo apoyo a la economía andaluza, pero no a un precio barato.

- Cada vez surgen más foros y apoyos para analizar la cuestión de la identidad andaluza. ¿En qué medida el proceso autonómico y el proceso económico paralelo han contribuido a modelar una identidad andaluza?

Un grupo de profesores escribimos un libro sobre la identidad andaluza que fue publicado por la actual Oficina del Defensor del Pueblo de Andalucía. Entre tales profesores estaban Delgado Cabeza y Juan Antonio Lacomba, catedráticos de las Universidades de Sevilla y Málaga. Debo decir que nuestras opiniones no se recogieron completamente, sino que se recortaron en algunos aspectos. Ya hace unos 20 años demostré en un artículo que Andalucía es bastante heterogénea. Entonces, más de la mitad de los indicadores que manejé señalaban una sociedad profundamente heterogénea, en los aspectos económicos, sociales, culturales. No hay una única Andalucía geográfica. También hay varias andalucías históricas y socioeconómicas. La Andalucía Baja y la Andalucía Alta son denominaciones tradicionales. Recuerdo otros tiempos en que la gente de Granada decía 'vamos a bajar a Andalucía'. Después de la Autonomía ha ocurrido un fenómeno que en cierto modo ha acentuado estas diferencias internas. Diferencias hay en todas las partes, pero cuando las diferencias se convierten en desigualdades, se acentúa el sentimiento de diferencia en razón precisamente de la desigualdad. Esto ha ocurrido como consecuencia de la absorción por Sevilla de la capitalidad de la región. Durante mucho tiempo hubo dos capitalidades administrativas en Andalucía, dentro de un Estado unitario, como era el estado franquista. En Granada había una administración pública para la zona oriental y otra en Sevilla para la zona occidental. Cuando se inicia la Autonomía se pierde la capitalidad oriental, concentrándose los funcionarios autonómicos mayormente en Sevilla. Esta absorción perjudicó mucho a Granada, donde se localizaban delegaciones de todos los ministerios, las cuales han ido desapareciendo desde

1982. Se eliminó una de las tres “patas” de la economía granadina: es decir, la administración pública, que representaba unos salarios que beneficiaban a la provincia, mientras que ahora sólo se mantienen las otras dos “patas”: el turismo y la Universidad. Granada ha sido tratada como una provincia sin importancia, especialmente en los medios de comunicación. Cuando ahora se menciona a Andalucía se habla especialmente de Sevilla, que es la capital, y es lógico que los representantes de los medios de comunicación estén allí, más que en Almería o Jaén. Pero Canal Sur es un ejemplo de cómo no se debería llevar una representación de intereses provinciales. Todas las personas con las que yo hablo desde hace años, coinciden en que la televisión andaluza abusa de un aspecto folclórico y de un excesivo sevillanismo. También existe un excesivo centralismo de la administración pública. El principio de la Autonomía era acercar la administración al contribuyente, pero cualquier cuestión importante se decide en Sevilla frente al espíritu de la autonomía. Por otra parte, en el interior de Andalucía no ha disminuido la desigualdad de las rentas entre el campo y la ciudad. Por ejemplo, alrededor de la ciudad de Granada, en un radio de unos 15 kilómetros, hay 31 municipios, que abarcan unas 450.000 personas, que son más de la mitad de la población de la provincia. Esta área urbana está relativamente industrializada y abastecida de servicios, con un nivel de vida económico similar a la media española. Pero los municipios del interior, rurales y aislados, viven bastante mal, ocupando los últimos lugares del ranking. Están en condiciones de pobreza considerable con una economía mitad agraria, mitad subvencionada. Esta dependencia de la administración pública andaluza corre peligro con la ampliación de la Unión Europea. En el momento en que ingresen algunos países del Este con necesidad de apoyos serios para modernizar su economía, las subvenciones de las que viven muchos de los pueblos andaluces van a desaparecer y quién sabe lo que va a pasar.

-Desde diversos ángulos, académicos o no, se denuncia críticamente el clientelismo de los partidos políticos, especialmente en el medio rural andaluz. ¿Cuáles cree que son las diferencias principales entre el actual clientelismo político y el clientelismo tradicional agrario?

El clientelismo tradicional se basaba en el caciquismo. En la Andalucía de mi juventud, y hasta no hace mucho tiempo, existía la tradición, sobre todo en la Andalucía Baja, de los jornaleros que iban a primera hora de la mañana a la plaza del pueblo para que los contrataran los capataces de los grandes propietarios. Era un mercado de trabajo que funcionaba casi exactamente igual que en el siglo XIX. Había exceso de mano de obra y de jornaleros sin tierra. Pero el clientelismo tradicional era paternalista, era clientelismo personal. El cacique, desde el siglo XIX, protegía a un sector de campesinos al que daba trabajo a cambio de fidelidad personal. Era una especie de protector, normalmente un propietario, pero podía ser un político o una persona bien situada. Colocaba “caritativamente” a la gente que le fuera adicta personalmente. Antes de 1936 el cacique facilitaba el acceso a determinados servicios como la administración pública o médicos o abogados, que en principio eran servicios con dificultades de acceso. El cacique era un intermediario entre el mercado de trabajo, jornaleros normalmente analfabetos, y el capital, los grandes propietarios. Durante el

franquismo esta intermediación la facilitan los instrumentos del Movimiento Nacional, a través del alcalde, impidiendo el trabajo a aquellas personas que eran "no adictas" al régimen. A finales del franquismo se inician una serie de subvenciones al paro agrario que van a paliar lo que había sido el mal endémico del campo andaluz. El Estado empieza a sustituir a los caciques y es a principios de los años ochenta cuando las instituciones del Ministerio de Trabajo asumen el papel de subvencionadores del paro agrario, ocupando finalmente el Estado desde 1982 el papel que antes habían tenido los caciques. Así el protector de los campesinos ya no es el cacique, un señor individual, sino el Estado, que es el que paga a la gente que ha vuelto de Alemania. De España salieron 2.300.000 emigrantes entre 1958 y 1973, y muchos volvieron para comprarse una finca, un taxi o un bar y vivir con cierta holgura dentro de la pobreza, pero otros no pudieron obtener aquellos ahorros y cuando vuelven a los pueblos no encuentran por lo general fácil salida económica, al igual que se habían encontrado antes del 73. Hasta 1993 el Estado se hace cargo de las subvenciones agrarias. La emigración a Alemania y después las subvenciones al paro agrario impiden que haya actitudes reivindicativas duras en el campo andaluz. Actitudes como la de Marinaleda son excepcionales, porque la gente en general se ha defendido con un mecanismo triple: trabajar eventualmente en el turismo, trabajar en la recogida temporera agrícola y gozar de las subvenciones del PER, o bien durante una temporada o bien, en muchos casos, durante todo el año. Las autoridades locales han fingido no ver estas irregularidades ya que permitían que la gente cobrara el PER al mismo tiempo que trabajaba. Este mecanismo no ha sido utilizado sólo por el PSOE en Andalucía, sino también en otras regiones españolas por otros partidos políticos y con otras modalidades. En Galicia lo ha permitido el PP, en Asturias se hizo con los mineros, o en Levante con el trabajo clandestino, siempre con personas que cobraban subvenciones oficiales al mismo que tiempo que trabajaban, siendo tolerado por los inspectores de trabajo. Como andaluz tengo que escuchar a algún compañero catalán, o de otras zonas, que dicen que en Andalucía hay una cuantiosa población que está subvencionada y trabaja al mismo tiempo. Pues yo digo que eso es común en toda España. El Estado se ha convertido en el suplente de los caciques y las presiones de los trabajadores se han dirigido a los alcaldes, como representantes de la administración pública, que prácticamente se ha convertido en la patronal, pues ha protegido a quienes de verdad no tenían trabajo, y también ha subvencionado a quienes en muchos casos no se lo han merecido. Pero ha sido un mecanismo muy eficaz de control político. Se ha establecido una lamentable cultura del paro, uno de cuyos resultados ha sido la sumisión al partido establecido. Esto está disminuyendo en los años noventa, sobre todo por la menor presencia de jóvenes en los pueblos, al bajar la natalidad desde hace dos décadas.

- En Andalucía el PSOE y el Partido Andalucista gobiernan en coalición desde las dos últimas elecciones autonómicas. ¿Piensa que el electorado andaluz va a confirmar la actual distribución de votos en un futuro más o menos inmediato? ¿Es estable la actual jerarquía parlamentaria?

Previsiblemente por mucho tiempo el PSOE y el PP van a continuar recibiendo la inmensa mayoría de los votos andaluces. Con una proporción u otra el PSOE

va a tener cierta ventaja, que como sabemos en este momento está disminuyendo. Izquierda Unida tendrá que resolver sus contradicciones internas, cosa que no ha conseguido en los últimos diez o quince años. Izquierda Unida no ha sabido superar la fase que se inició en los años ochenta. Mientras no las resuelva no va a aumentar su popularidad. Izquierda Unida se aleja mucho de la media española que es bastante conservadora. Respecto al Partido Andalucista quizás alcanza el record de las contradicciones. Sólo hay que ver los vaivenes que ha sufrido a lo largo de su historia. Lamentablemente eso ha perjudicado no sólo al PA sino a toda Andalucía. Si hubiera habido un partido como Convergencia i Unió o como el Partido Nacionalista Vasco, pero sin nacionalismo porque en Andalucía nadie cree en el nacionalismo. Si aquí hubiese un partido representativo que supiera aglutinar los intereses de Andalucía, como ocurrió en 1979, cuando el PA llegó a tener diputados en el Parlamento Nacional, podríamos haber tenido mucho más papel en la política nacional que el que hemos tenido. Pero durante muchos años el PSOE nacional representó formalmente a toda Andalucía y ahora el PSOE está en la oposición. Debo decir, y lo siento, que el PSOE nunca ha representado los intereses de Andalucía. Siempre ha antepuesto los suyos, como partido, a costa de los de la región. Y así, ésta continúa en último o penúltimo puesto de las españolas, en renta per cápita, desde 1955. ¿De quien es la responsabilidad?. La única novedad que se ha producido en los últimos tiempos es la escisión del Partido Andalucista en Partido Andalucista y Partido Socialista de Andalucía, tal como se llamaba el PA primitivamente. Dudo mucho que al menos en los próximos años el PSA alcance un número significativo de votos. La gente no va a verlo muy claro y si no hay una política diferenciada entre uno y otro, que yo no la veo, pues ninguno va a sacar gran provecho de la situación. No se sabe de la presencia de ningún partido más porque no se ve que existan las bases necesarias para ello. En conjunto los políticos como tales han sufrido cierto desgaste en estos últimos 20 ó 25 años. Y por eso la gente no se atreve a fundar un nuevo partido, incluso a inscribirse en los partidos, en los que hay un desgaste de prestigio. Ahora ocurre al contrario que en los tiempos en que éramos más ingenuos, a comienzos de la Transición.

-En medios institucionales del gobierno regional andaluz se está promoviendo la idea de la 'segunda modernización'. Esta expresión ha levantado ciertos debates ¿cuál es su postura ante la nueva llamada a la modernización de Andalucía?

La modernización en general, ni primera ni segunda, se ha producido muy irregularmente en Andalucía. Frente a la modernización muy interesante, pero casual, casi azarosa, del caso del Campo de Dalías, hay zonas en Andalucía que apenas se han modernizado. Hay ejemplos de modernización técnica en cooperativas y en la mentalidad de muchos empleadores pero subsisten zonas en el noroeste como las Alpujarras donde no ha habido avance. Es cierto que hay agua potable, pero la electricidad llega a los pueblos con bastantes deficiencias, hay cortes de suministro frecuentes, y es un problema que no se suele mencionar. Sin entrar en muchos otros aspectos, hablar de una segunda modernización en Andalucía me parece poco apropiado. Es cierto que hay explotaciones agra-

rias que hace 20 años estaban cultivadas por una yunta y un arado y hoy están informatizados los riegos por goteo, y en puntos de la costa se desaliniza el agua. Pero subsisten comercios muy tradicionales, muy pequeños, que se gestionan como hace cien años. Pensar que la administración pública andaluza se ha modernizado hasta lo deseable es pasarse de optimista: sigue siendo repetitiva y redundante con los trámites, desde los ayuntamientos hasta la administración de justicia. Se actúa con pautas más decimonónicas que modernas. Se inventa la ventanilla única pero los mecanismos siguen funcionando con lentitud o con cortapisas de carácter personal.

Lo que ha ocurrido ha sido una modernización muy irregular según qué sectores y me atrevería a decir según qué empresas u organismos públicos. Yo diría que la primera modernización está llegando ahora. Es cierto que hay empresas que están en la segunda y quizás en la tercera modernización, pero hablar de una segunda modernización resulta parcial por lo que ha pasado en ciertos sectores, instituciones y hasta en ciertas personas. La Universidad misma se ha modernizado menos de lo que hubiera sido deseable. Quizás la relación inversión-alumnos hace que no seamos tan eficaces.

-Hablando de cuestiones internacionales pero cercanas: la situación de Marruecos siempre es más sensible para los andaluces que para el resto de los españoles. ¿Qué análisis hace sobre Marruecos, en concreto, de su régimen político y de sus relaciones con nuestro país?

Marruecos ha funcionado como un aliado muy fiel de Estados Unidos y era un poco el primer portaviones de EEUU en el Mediterráneo; el otro portaviones está en Israel. Marruecos ha jugado ese papel de aliado incluso frente a España, aunque era un aliado más barato. Hassan II era un hombre que tenía "baraka", que tenía carisma entre su pueblo, con una indiscutible astucia. Su desaparición abrió la esperanza que el sucesor, Mohamed VI, llevara una política moderna, que se abriera más a unas estructuras de partido y a una modernización técnica del país. Esa idea se suscitó en el primer año de su reinado pero no se ha cumplido. Es cierto que hubo una renovación aparente en su política, pero el círculo elitista de consejeros de palacio, "Majzen", sigue siendo clave en el funcionamiento de ese país, como un gobierno detrás del gobierno que representa los intereses más importantes del capital y de las tradiciones económicas. En el ejército no parece haberse producido una infiltración islamista radical y continua siendo una institución militar moderada en su actitud, tanto en los aspectos más internacionales como en los más locales. Donde sí se ha producido un cambio más apreciable y acentuado es en la Universidad, en la que los grupos islamistas tienen más presencia de la que tenían hace diez años. Eso es algo que hay que tener presente, unido a las circunstancias específicas de nuestra presencia en el norte de Marruecos, en las ciudades de Ceuta y Melilla. Es evidente que si se llegara a un acuerdo de soberanía o cualquier otra fórmula similar con Inglaterra en el caso de Gibraltar, cosa que es deseable, inmediatamente Marruecos va a presentar alguna fórmula más favorable a ellos o exigir simplemente la incorporación a su territorio de Ceuta y Melilla, con lo que vamos a tener un permanente tema de conflicto. Marruecos va a utilizar esa palanca como presión sobre la

política exterior española durante previsiblemente mucho tiempo y cada vez que haya roces, por unas razones u otras, la autoridad de Hassan, que era muy grande y que paraba manifestaciones radicales, la podemos echar de menos. Eso significa que se ha de temer como posibilidad lo que podría ser relativamente fácil de llevar a cabo, que sería una marcha verde sobre Melilla, ya que sobre Ceuta sería otra cosa. Pero es una especie de espada de Damocles que pende sobre nuestras relaciones con Marruecos, al que no le interesa un enfrentamiento con España mediante una marcha de ese estilo: primero porque hay muchos intereses comunes y muy importantes. Segundo, porque Melilla en realidad es un centro de intercambio comercial entre La Unión Europea y Marruecos, al que le viene muy bien y no le interesa matar la gallina de los huevos de oro. Pero nunca se sabe si circunstancias interiores de Marruecos pueden conducir a un cierto grupo a usar una cabeza de turco tan evidente como es la plaza de Melilla.

- Desde hace muchos años, Vd. ha sido impulsor de la organización profesional de los sociólogos y politólogos españoles ¿qué consejo le daría a un alumno que quiera cursar los estudios de Ciencias Políticas y Sociología?

El primer consejo es que se informe. Mucha gente llega a las Facultades sin saber exactamente lo que enseñan allí. Yo le aconsejaría que leyera la relación de asignaturas y visitara la biblioteca o comprara algún libro, por ejemplo, en mi caso, alguna Introducción a la Ciencia Política, para tener una idea sobre las asignaturas de esta Facultad. Mucha gente recibe enseñanzas en el bachillerato de materias que no se identifican con lo que se enseña en la Universidad. Todo el mundo sabe lo que es la Medicina y a pocos alumnos se les ocurre ir a la Facultad de Medicina para preguntar que enseñan ahí. Pero en nuestro caso la mayoría de la gente no tiene idea de lo que es la “Estadística aplicada a las Ciencias Sociales” o la “Opinión Pública”. La profesión de politólogo es poco conocida. Estamos como estaban los sociólogos hace 20 años, que hoy son más conocidos gracias a las encuestas. Dentro de 20 años, habrá más politólogos en las instituciones, pero todavía hoy se encuentran con que tienen que explicar qué es lo que hacen o para qué sirven. Lo que aconsejo a un futuro alumno es que si tiene una vocación más o menos definida que la siga. La que sea. Si se cree que se va a hacer rico haciendo algo que no le guste, pues que lo haga, pero eso sólo se da en el ramo de la construcción y similares.